

EL GOBIERNO MITTERRAND, SUS PERSPECTIVAS Y NUESTRA POLÍTICA

NAHUEL MORENO

**Secretariado Centroamericano —SECA—
Centro Internacional del Trotskismo Ortodoxo —CITO—
<http://www.geocities.com/obreros.geo/>
mail: obreros@geocities.com**

*Edición electrónica Enero 2002
(Tomado de Correspondencia Internacional, # 13, Octubre de 1981, Bogotá)*

INDICE

Indice

Un debate abierto

El gobierno Mitterrand, sus perspectivas y nuestra política

I. Los frentes populares según el trotskismo

Surgen con una nueva etapa

Un gobierno burgués distinto

El contenido contrarrevolucionario

Distintas formas

Ninguna incompatibilidad con el régimen

Antesala del bonapartismo o el fascismo

La clave del frente popular

II. El gobierno Mitterrand

El significado del triunfo

Prevenir la “primera oleada”

Salvar la Va. República

Una política conocida

Una dura política al servicio de la burguesía

Defender al imperialismo

Los ministros comunistas

¿Es incompatible para la burguesía francesa un gobierno presidido por el PS?

Tres variantes, “chilena”, “rusa” e “inglesa”

La primera oleada es la clave

La analogía más peligrosa

Preparar la demolición del régimen

III. Sectarismo y trotskismo

IV. Oportunismo y trotskismo

¿Es la burguesía el único enemigo?

¿Y el imperialismo? ¿Y las fuerzas armadas?

Un silencio cómplice...

... y un apoyo vergonzante

Un ejemplo para aclararlo

Una política trotskista

Un debate abierto

La Cuarta Internacional (CI) ha demostrado hasta ahora, tanto en el terreno de la elaboración programática (con las Tesis) como en los avances hacia un verdadero centralismo democrático su capacidad de realizar aportes fundamentales para la superación de la crisis de dirección revolucionaria. Parte fundamental de esa tarea, es el debate serio y absolutamente franco sobre las cuestiones que enfrenta la Internacional y sus secciones.

En este sentido, el problema de la estrategia y la táctica que debemos tener ante el gobierno de frente popular instaurado este año en Francia, es una de las cuestiones políticas más importantes a la que estamos confrontados.

En este número de Correspondencia Internacional se inicia el debate con dos textos el primero del camarada Miguel Capa, sobre “El gobierno de Mitterrand, sus perspectivas y nuestra política”. El segundo, es una respuesta del camarada François Forgue. Asimismo, en las páginas de Francia, el camarada Stéphane Just publica un artículo sobre un tema también en debate el significado de las nacionalizaciones.

Roberto Ramírez

EL GOBIERNO MITTERRAND, SUS PERSPECTIVAS Y NUESTRA POLÍTICA

por Miguel Capa

I. LOS FRENTE POPULARES SEGÚN EL TROTSKISMO

En el movimiento trotskista mundial, preocupados por capitalizar las grandes posibilidades revolucionarias existentes en Francia, todos coincidimos en definir al gobierno Mitterrand como un frente popular. Es decir, un gobierno en el que los partidos obreros colaboracionistas de clase ocupan ministerios y un lugar dominante. En este caso, la presidencia y la mayoría de las carteras.

Trotsky escribió centenares de páginas sobre estos gobiernos. Los analizó incluso en países donde el carácter semicolonial impone algunas modificaciones a los tipos históricamente surgidos en las naciones avanzadas e imperialistas.

Concedió tanta importancia al tema que alertó *“En realidad, en nuestra época, el frente popular es la cuestión principal de la estrategia de la clase proletaria”*¹

Es entonces fundamental, y hace a la coherencia de un debate referido a Mitterrand, recordar lo enseñado por el trotskismo sobre el frente popular.

Hemos esquematizado en siete puntos el pensamiento de Trotsky al respecto:

- El gobierno frentepopulista siempre coincide con una etapa superior de la lucha de clases.
- Es un tipo diferente de gobierno burgués.
- Tiene un claro contenido contrarrevolucionario.
- Sustentado en las organizaciones obreras conciliadoras, puede adoptar distintas formas y, dentro de ciertos límites, responder a diferentes circunstancias de la lucha de clases.
- No tiene, por sí mismo, ninguna incompatibilidad con el régimen capitalista-imperialista.
- Su propósito es desmoralizar y desmovilizar a los trabajadores, conduciéndolos a mayores sufrimientos o a derrotas históricas.
- Es un producto objetivo de la crisis de dirección revolucionaria del movimiento obrero, pero brinda al trotskismo la mayor, quizá la única oportunidad para superarla.

Surgen con una nueva etapa

Los gobiernos frentepopulistas son consecuencia de un triunfo, electoral o revolucionario, de las

¹ Trotsky, *Oeuvres*, Juin/juillet 1936, p. 248.

masas e implican una derrota equivalente de la burguesía y sus partidos más representativos.

Aquel triunfo, y esta derrota inauguran una nueva etapa, superior a la “normal” anterior, en la lucha de clases.

Ella tenderá a ser prerrevolucionaria, si el triunfo ha sido meramente electoral, o revolucionaria, si hay grandes huelgas, ocupaciones fabriles y movilizaciones callejeras de masas.

En cualquier caso, la nueva etapa plantea perspectivas de fuertes enfrentamientos, insurrecciones y la conquista obrera del poder, así como su contrario: guerra civil y golpes bonapartistas o fascistas.

Un gobierno burgués distinto

En una situación “normal”, por ejemplo la de Francia antes de la subida de Mitterrand, el gobierno es ejercido por los partidos burgueses, mientras que las organizaciones que se reclaman de la clase obrera, aunque son agentes de los explotadores, permanecen fuera del gobierno, actuando en la oposición.

Pero el triunfo obrero y la derrota burguesa debilitan o directamente provocan la crisis del régimen. Los explotadores se ven obligados entonces a integrar en el gobierno a sus agentes contrarrevolucionarios, especialmente a los dirigentes socialdemócratas y stalinistas, que “normalmente” están fuera del aparato gubernamental.

Esto es posible, en primer lugar, porque, obviamente, las direcciones traidoras comparten con la burguesía su misma preocupación y objetivo desviar el ascenso obrero, ahora desde el gobierno. Y luego porque tienen el apoyo y la confianza de las masas, lo que les permite ser útiles desde su nueva ubicación.

Esto origina un tipo de gobierno burgués, frentepopulista u obrero capitalista, que establece una relación completamente distinta, “anómala”, con la conciencia, tanto de las masas trabajadoras como de los capitalistas. Antes, los trabajadores odiaban al gobierno, por ejemplo, el de Giscard d’Estaing, mientras que ahora consideran como “propio” al de Mitterrand. Del mismo modo, la burguesía, que consideraba a Giscard como “su” gobierno, ahora mira a Mitterrand como “adversario” o “enemigo”.

El contenido contrarrevolucionario

El frente popular pone en práctica una política contrarrevolucionaria que, casi siempre, cubre tres facetas la desmovilización de los trabajadores, el apoyo a su imperialismo (en los países metropolitanos) y la defensa del estado burgués, de su burocracia, y especialmente su columna vertebral la jerarquía reaccionaria de las fuerzas armadas.

Lenin dice del primer gobierno frentepopulista que apareció en la historia, el de Kerensky: *“Precisamente, lo que es verdaderamente contrarrevolucionario es el gobierno provisional, que*

los defensores quieren defender."² Y el Programa de Transición subraya que los gobiernos frentepopulistas y fascistas son los dos "últimos recursos" del imperialismo "en la lucha contra la revolución proletaria".³

La desmovilización obrera se intenta mediante el confucionismo y el engaño sistemático, a un nivel que no está al alcance de un gobierno burgués "normal". El frente popular trata de que las conquistas logradas por la lucha parezcan graciosas concesiones o iniciativas propias. Los ministros las hacen aparecer como realizaciones programáticas de las organizaciones obreras, que se concretan sin necesidad de luchar. Cuando no quieren cederlas, conservan el recurso de culpar a algún funcionario del gobierno anterior y reclamar "paciencia" a las masas.

El apoyo a su imperialismo tiene una razón social defender encarnizadamente las migajas de la explotación colonial y semicolonial, de las que se alimentan la aristocracia obrera y la pequeñoburguesía. De ahí que los gobiernos frentepopulistas han sido campeones de la explotación y la represión de las colonias y semicolonias de su imperialismo.

Lenin decía del gobierno Kerensky: "... ya esta atado de pies y manos al capital imperialista, a la política imperialista de guerra y rapiña".⁴ Y en iguales términos, Trotsky se cansó de denunciar a los gobiernos Blum y Largo Caballero–Negrín.

Esta característica puede cambiar en los países atrasados. Reflejando a las burguesías nacionalistas, en ciertas circunstancias, surgen combinaciones frentepopulistas con rasgos antiimperialistas. Salvador Allende fue un ejemplo. Pero también allí se confirma la ley general de que el frente popular es un "último recurso" contra la revolución proletaria, que puede preparar, como en Chile, la victoria del fascismo.

Lo que sintetiza la sustancia contrarrevolucionaria de todos los gobiernos frentepopulistas es su actitud ante el aparato de estado burgués, las fuerzas armadas y la burocracia estatal.

Precisamente, cuando el régimen se resquebraja o debilita y las hipótesis sobre enfrentamientos decisivos, golpes contrarrevolucionarios y guerras civiles forman parte del análisis de todos los sectores, ellos defienden sistemáticamente a la casta de oficiales y a la estructura burguesa e imperialista de las fuerzas armadas.

Trotsky decía "el gobierno del frente popular, es decir, el gobierno de coalición de los obreros con la burguesía es, en su misma esencia, el gobierno de capitulación ante la burocracia y los oficiales. Esta es la grandiosa lección de los acontecimientos españoles, pagada hoy por millares de vidas humanas."⁵

Es, también, la trágica lección de Salvador Allende, que salía de garante del "profesionalismo" de los militares y se fotografiaba con Pinochet, para convencer a las masas de que confiaran en los oficiales.

² Lenin. *Obras Completas*, T. XXVI, Informe sobre una conspiración 18/8/17, p. 328.

³ Trotsky, *Programa de transición*, E. Pluma, Bogotá, p. 10.

⁴ Lenin, *Op. cit.*, T. XXIV, p. 343, Primera carta desde lejos.

⁵ Trotsky, *La revolución española*, Ed. Fontanella, 1977, p. 57, Primeras lecciones de España, 30/7/36.

Distintas formas

Los gobiernos frentepopulistas están formados por una alianza de organizaciones obreras contrarrevolucionarias y un sector de la burguesía.

A partir de esta definición general se abre un abanico de combinaciones que determinan distintas formas de frentes populares, en las que se mantiene su esencia contrarrevolucionaria, respondiendo, como veremos, a diferentes situaciones sociales.

Si hiciéramos un resumen histórico del frente popular desde el comienzo de la revolución socialista internacional, en 1917, podrían apreciar esa diversidad de tipos y circunstancias.

A comienzos de los años 20, la III Internacional de Lenin y Trotsky los consideró en bloque como Kerenskistas, burgueses, contrarrevolucionarios y definidos por la intervención de la socialdemocracia, acompañada o no en el gobierno por la burguesía.

En 1935, el stalinismo introduciría un elemento decisivo en esta historia, cuando impone a todos los partidos comunistas, como estrategia mundial, una “nueva” política que bautiza con el nombre de frente popular. Se trata de toda una teoría para impedir que surjan gobiernos obreros de ruptura con la burguesía. Unida a la del “socialismo en un solo país”, que el stalinismo había “inventado” antes, son las dos teorías políticas más contrarrevolucionarias nuestra época, formuladas en nombre del movimiento obrero.

Hasta entonces, el frente popular no había tenido nombre propio. Existía como práctica empírica, a escala nacional, y reservada para situaciones excepcionales —guerra, revolución— de los partidos socialdemócratas. Ninguno de estos ni la II Internacional, la habían generalizado ni elevado a estrategia general. Con toda su podredumbre oportunista, ellos recolectaban votos y trataban de llegar solos al gobierno, resistiéndose durante años a efectuar alianzas gubernamentales con la burguesía, como política sistemática. Fue el stalinismo quien institucionalizó el principio sagrado de que un partido obrero no debe gobernar sin la burguesía, convirtiendo, en este nefasto terreno, a la socialdemocracia en discípula suya.

Una consecuencia fue que se ampliaron los tipos y circunstancias en que aparecieron los gobiernos de colaboración de clases.

Desde entonces, la variante “clásica” más conocida es la que incluye en el gobierno a los partidos obreros, stalinistas y/o socialdemócratas, en mayoría o minoría, respecto del sector burgués. Cuando el stalinismo participa con ministros siempre han sido sumamente inestables, críticos, de corta duración.

Pero Trotsky estudió otras formas de frente popular. Hay una en la que los organismos obreros participan en el gobierno indirectamente, a través de partidos únicos, como en la primera etapa de Chiang-kai-Shek, en China, y los de Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, en México. A ellos, podemos sumar el de Perón en Argentina. Son el “*frente popular en forma de partido*”.⁶

⁶ Trotsky, *Sobre la liberación nacional*, Ed. Pluma, Bogotá, 1976, p. 214.

Estos gobiernos frentepopulistas alcanzaron a estabilizarse durante periodos más o menos largos. En los casos de México y Argentina hubo ascensos de masas muy fuertes, que plantearon la posibilidad de la revolución proletaria, pero sin el marco de una crisis crónica generalizada ni crisis económica aguda, lo que les permitió mantenerse varias décadas en México y más de un lustro en Argentina.

Otros dos tipos de gobiernos de colaboración de clases escapan a la definición estricta del frente popular, pero en un sentido amplio —como el que aplicaron Lenin y Trotsky— debe reconocerse que funcionan como tales. Son variantes que han alcanzado, en varios casos, una estabilidad relativa muy acentuada. Uno es el de los gobiernos burgueses que no incorporan a las organizaciones obreras al gabinete, pero subsisten gracias a su colaboración por medio de pactos frentepopulistas. Ha sido el caso del gobierno Roosevelt, en los Estados Unidos, con su “New deal”, o el del “Compromiso histórico” del Partido Comunista Italiano, para sostener a la democracia cristiana en el poder.

El otro es el de los gobiernos de partidos obreros sin participación burguesa, como hemos visto en Inglaterra, Austria, Australia, los países nórdicos, Portugal, etc.

Más recientemente ha aparecido una nueva modalidad de gobierno obrero–burgués. Nos referimos al establecido en países coloniales como Angola y Mozambique, donde la guerra de guerrillas por la liberación nacional desmanteló el estado burgués, sin que el imperialismo pudiera restaurarlo, por la ausencia de una burguesía sólida que le sirviera de intermediaria. En los casos mencionados, el estalinismo —aprovechando su relativo peso económico en el mercado mundial y aplicando su política de ganarse la confianza del imperialismo— tomó a su cargo la tarea de restaurar el estado y asegurar las relaciones de producción capitalistas. Ha aparecido así, por esta vía, un gobierno stalinista–burgués. El imperialismo es beligerante frente a ellos, pero no les ha declarado una guerra de exterminio. Ha tenido que aceptar su impotencia y reconocer que el stalinismo o el castrismo, en esos casos, “*es un factor de orden*”.

Este fenómeno, de reciente aparición, debe hacernos relativizar o ser cuidadosos con el manejo de la ley general, verificada hasta hoy, por la cual la presencia stalinista en un gobierno burgués desata inmediatamente la furia del imperialismo.

En las formas “clásicas” del frente popular participa un ala burguesa (no toda ella, ya que no es un gobierno de unidad nacional). El resto de la burguesía permanece afuera; beligerante, tolerante, o, a menudo, cómplice y expectante.

El partido o frente burgués del frente popular puede ser importante, como el Radical en el gobierno Blum, o ser aparentemente insignificante, la “sombra” de la burguesía, como en los gobiernos republicanos de la guerra civil española y en el de Mitterrand.

En este caso, los capituladores al frente popular suelen sostener que no es necesario agitar la tradicional consigna trotskista “*Fuera los ministros burgueses*”, ya que estos no tienen ningún peso.

Trotsky respondió que en todo acuerdo siempre predomina el más reaccionario, al margen de su fuerza y número. La alianza se mantiene porque se hace lo que él exige, so pena de romper.

Precisamente, los Largo Caballero, Negrín y Mitterrand incluyen esos ministros para poder decirles a las masas y a las alas izquierdas de sus partidos: no podemos adoptar tal medida progresiva porque ello se oponen y si rompen perdemos la unidad con la clase media.

Una expresión particular de la profundidad de la crisis de la burguesía francesa es que Mitterrand tendría muchas dificultades para emplear ese argumento, ya que el PS tiene en sus manos los poderes de la Presidencia y junto con el PC, sin sus aliados burgueses, una mayoría absoluta.

Ninguna incompatibilidad con el régimen

Por sí mismos, los gobiernos frentepopulistas u obrero–capitalistas socialdemócratas no son, de modo alguno, incompatibles con el régimen capitalista–imperialista. La coalición socialdemócrata–liberal que gobierna desde hace tiempo en Alemania o la reiterada alternancia de laboristas o socialdemócratas en los gobiernos de Inglaterra, Australia y de los países nórdicos, son prueba concluyente de ello.

La burguesía utiliza y acepta la incomodidad de los gobiernos socialdemócratas y de frente popular (lo mismo que del bonapartismo y el fascismo), siempre que le aseguren la continuidad de la explotación y la acumulación capitalista. Aunque es necesario recordar aquí, para después referirnos especialmente a ello, que la presencia del PC en el gobierno casi siempre ha sido un elemento agudo de crisis.

Pero lo único verdaderamente incompatible con el capitalismo es la aparición de la inasible, casi volátil situación de doble poder. Esto no puede ser tolerado por la burguesía ni un minuto. Decreta la muerte de cualquier forma de gobierno burgués —frentepopulista, obrero–capitalista, democrático–parlamentario, bonapartista o fascista— que sea incapaz de controlar, con sus distintos métodos, el ascenso revolucionario y los embriones de poder obrero. Así le ocurrió a Salvador Allende, cuando en Chile surgieron los cordones industriales y los primeros movimientos de soldados y suboficiales contrarios a la jerarquía de las fuerzas armadas.

Cuando la burguesía y su casta militar se deciden y pueden desatar el golpe contrarrevolucionario, arrasan al doble poder, a la clase obrera y a los gobiernos frentepopulistas u obrero–burgueses.

Esto confunde a muchos marxistas que creen que la incompatibilidad radica entre la forma frentepopulista u obrero–capitalista de gobierno y el régimen burgués o imperialista. En realidad, lo que los capitalistas no pueden digerir es el ascenso revolucionario del proletariado y sus órganos de poder, que generalmente se intensifican bajo aquellas formas de gobierno.

Creemos que algunos teóricos marxistas, dignos del mayor respeto, se equivocan al estudiar el contenido de los frentes populares creyendo que siempre están determinados por una crisis aguda, inclusive revolucionaria. Sostienen que siempre serían inestables y su única finalidad es la de actuar como “*último recurso*”, contra una revolución obrera presente. Por esta vía argumental intentan demostrar que siempre el gobierno frentepopulista es incompatible a corto plazo con el capitalismo y con sus regímenes relativamente estables, el democrático burgués o el bonapartista con formas parlamentarias. Este planteo teórico reconoce, sin embargo, que los gobiernos obrero–capitalistas de Alemania, ciertos países nórdicos, Australia e Inglaterra se comportan de otra forma: son relativamente estables, aunque en ciertas circunstancias son también un “*último recurso*” contra una revolución. Por eso, para ellos, estos gobiernos no son frentes populares.

Disentimos con esta caracterización. Para fundamentar que el contenido del frente popular es siempre el de “*último recurso*” contra la revolución, deben afirmar que cada forma de gobierno siempre refleja relaciones específicas entre las clases, (forma=frente popular; contenido=crisis revolucionaria), como si esto fuera una verdad eterna, metafísica.

Sin embargo, enseguida deben negar esa ley, que pretenden universalmente válida, cuando hablan de los gobiernos obrero–capitalistas tipo Inglaterra, Alemania, etc. Aquí admiten que la ley no se cumple. En efecto, ellos mismos dicen que a veces esos gobiernos reflejan situaciones de estabilidad burguesa y otras, una revolución obrera en acción. Dicho de otro modo, que una misma forma de gobierno (obrero–capitalista, socialdemócrata o laborista) no correspondería a una relación específica entre las clases, sino que puede reflejar distintas circunstancias. Distintas y hasta opuestas, como son la estabilidad social y la revolución.

Como siempre, el pensamiento mecánico lleva a un callejón sin salida.

En primer lugar, debemos decir que las formas, las superestructuras de los fenómenos sociales existen con una relativa autonomía de las relaciones de clase que le dieron origen. Aquéllas, generalmente, subsisten con contenidos diversos. Otras veces, sucede lo contrario: las formas superestructurales se adelantan a las relaciones sociales, jugando un papel preventivo.

La relación entre la forma o superestructura y el contenido o relación entre las clases, presenta de ese modo, contradicciones agudas.

Debemos aclarar que nos estamos refiriendo a las relaciones a mediano o corto plazo (veinte, diez o menos años), no a las que se establecen en el largo tiempo de una época histórica. En el marco de una época histórica, el estancamiento de las fuerzas productivas, la crisis capitalista y la revolución socialista originan la crisis de todos los sistemas de dominación burguesa y burocrática sin excepción, y son la causa determinante absoluta.

Pero aquí estamos considerando las cosas a otra escala, no histórica sino política. Y en esta dimensión, las relaciones entre forma y contenido aparecen extraordinariamente complicadas.

Podemos decir que una de las características del periodo revolucionario es la contradicción y crisis permanente entre formas y contenidos. Lejos de presentarse una correspondencia unívoca entre cada forma de gobierno (y, en general, de las superestructuras) con una situación específica de la lucha de clases, se da lo contrario: un complejo y cambiante caleidoscopio en el que, desigual y combinadamente, se establece una dialéctica de forma y contenido, altamente contradictoria.

Hay infinidad de ejemplos. El partido bolchevique, como forma–partido, perdió todo el contenido revolucionario leninista y se llenó de un contenido contrarrevolucionario stalinista. Es decir, no reflejó siempre la misma relación específica entre las clases. La forma superestructural del proletariado de Octubre se conservó, pero pasó a cobijar a la nueva burocracia.

De igual modo, un gobierno bonapartista es la forma por la cual la burocracia estatal capitalista se eleva por encima de la sociedad. Sin embargo, puede observarse también en sociedades de contenido tan diferente como la esclavista o la obrera burocratizada, (Trotsky definió al cesarismo como el bonapartismo de la antigüedad y caracterizó al stalinismo como bonapartismo obrero

degenerado).

Un ejemplo particularmente notable es el ya citado, de los gobiernos obrero–capitalistas, especialmente el de la socialdemocracia alemana: la misma forma ha correspondido a relaciones de clase radicalmente distintas: en 1918, desempeñó el papel de “*último recurso*” contrarrevolucionario, mientras que en la actualidad, y desde hace varios años, gobierna con una situación relativamente estable.

Podríamos seguir largamente. Por ejemplo, un mismo sindicato puede ser revolucionario en una etapa y contrarrevolucionario en otra.

Dentro de este juego infernal y contradictorio de las superestructuras y las relaciones entre las clases, existen, por supuesto, ciertas leyes: Todo régimen o gobierno suele prolongarse mucho más que las relaciones de clase o las circunstancias que lo originaron. Los regímenes son más resistentes que los gobiernos y estos, que los cambios en las relaciones entre las clases.

Mientras los regímenes —estructura de las instituciones del estado— se mantienen, sus gobiernos —partidos y líderes que manejan esas estructuras— suelen cambiar. Así, la Va. República se ha revelado mucho más resistente que el gobierno De Gaulle y éste, a su vez, que el brusco cambio en las relaciones de clase que provocó la gran movilización de 1968.

Igualmente, el régimen franquista se sobrevive en la monarquía de Juan Carlos, cuando las circunstancias de la lucha de clases que lo originaron cambiaron por completo.

Claro que esos cambios no dejan inmune a los regímenes: estos entran en crisis. Así, el régimen franquista, para sobrevivirse, debe convivir, apelando a la colaboración de clases, con los partidos obreros traidores, bajo la monarquía.

Por eso, en primera instancia, definir un gobierno es definir a una forma, una relación política. El frentepopulismo es la forma en que cogobiernan los aparatos obreros contrarrevolucionarios con un sector político de la burguesía. Igual que la forma obrero–capitalista, puede tener diferentes contenidos, apañando distintas relaciones entre las clases.

Generalmente es una forma relacionada con una crisis revolucionaria, como “*último recurso*” contra ella. Pero su espectro es mucho más amplio, de la misma manera que la estreptomycin “*ultimo recurso*” contra la tuberculosis aguda, no siempre se utiliza contra ella. A menudo se lo hace contra formas no agudas de la misma enfermedad y también en otras infecciones.

La presencia de los partidos comunistas en estos gobiernos siempre ha provocado grandes contradicciones con la burguesía y el imperialismo. Esto se debe a que el stalinismo no está orgánicamente ligado al imperialismo (como la socialdemocracia) o a las burguesías nacionales (como las burocracias sindicales). Los partidos comunistas son agentes directos del Kremlin y sólo indirecta e históricamente del imperialismo y las burguesías. Por lo mismo, son servidores inestables y condicionales: su actitud depende de la relación que los explotadores mantengan con la URSS.

El imperialismo yanqui, a escala mundial, y las burguesías, en cada país, los admiten en sus gobiernos sólo en situaciones muy críticas o que se presumen de tales y tratan de desembarazarse

rápida de su presencia. Los quieren colaborando desde afuera.

Probablemente, mientras los partidos comunistas sigan siendo agentes del Kremlin, los gobiernos frentepopulistas que ellos integren seguirán siendo altamente críticos, inestables.

No ocurre lo mismo cuando el frente popular es impulsado e integrado fundamentalmente por los partidos socialdemócrata y/o las burocracias sindicales. Surgen, entonces, gobiernos relativamente estables, como el de Alemania, el de Italia (compuesto por la democracia cristiana y los socialistas), los de México y varios otros socialdemócratas puros.

Particularmente, los de la socialdemocracia gozan de la confianza burguesa e imperialista. Ya lo anticipó Trotsky *“El origen de la fuerza de los partidos social-patriotas o más exactamente social-imperialistas radica en la protección de la burguesía que, a través del parlamento, la prensa, el ejército y la policía protege y defiende a la socialdemocracia contra todo tipo de movimiento revolucionario, incluso contra la crítica revolucionaria. En la futura guerra, a causa de la agudización de las contradicciones nacionales e internacionales, se revelará de manera todavía más abierta y cínica esta ligazón orgánica entre la burocracia y la burguesía.”*⁷

Resumiendo nuestras conclusiones: la forma de gobierno frentepopulista u obrero-capitalista socialdemócrata no presenta, por sí mismo, incompatibilidad alguna con el capitalismo.

Desde 1917, hemos visto múltiples gobiernos de estos tipos, en circunstancias que abarcaron desde guerras civiles y crisis revolucionarias hasta situaciones de estabilidad. Dentro de esta variedad, los casos en que el frente popular es impulsado y luego integrado por los partidos comunistas plantean situaciones inestables, por el rechazo que plantea a la burguesía la presencia de los agentes del Kremlin. Pero lo único absolutamente incompatible e intolerable para el capital son las situaciones de crisis revolucionaria y de desarrollo del poder dual. En estos casos, inexorablemente, preparará y tratará de descargar un golpe bonapartista o fascista, liquidando al doble poder, aplastando al movimiento obrero, a sus organizaciones y al gobierno frentepopulista.

Antesala del bonapartismo o el fascismo

Sí el frente popular no es derribado por el ascenso revolucionario dirigido por un partido como el bolchevique, conduce a una mayor explotación y miseria o, peor aun, al golpe fascista o bonapartista.

Trotsky explicó: *“Al adormecer a los obreros con ilusiones parlamentarias que paralizan su voluntad de lucha, crea las condiciones favorables para la victoria del fascismo. La política de alianza con la burguesía debe ser pagada por la clase obrera con años de sufrimientos y sacrificios, cuando no con decenios de terror fascista.”*⁸

Si, careciendo de partido revolucionario, las masas desoyen al frente popular, resisten la ofensiva burguesa y enfrentan al gobierno, sus luchas no tienen tampoco mayores perspectivas. Desprovistas de un estado mayor revolucionario, no podrán centralizar el combate ni dotarlo de

⁷ Trotsky, *Escritos*, Tomo X, Vol. I, p. 95, Ed. Pluma, Bogotá, 1977.

⁸ Trotsky, *Oeuvres*, Juin/juillet 1936, p. 277.

objetivos políticos claros. Tarde o temprano terminarán derrotadas. Será la hora de los golpes bonapartistas o fascistas, de aplastamiento sin misericordia de la clase obrera y todas sus organizaciones, incluidas las que forman el frente popular.

La inexistencia o debilidad del partido trotskista facilita el triunfo contrarrevolucionario. Pero jamás debemos olvidar que son los partidos traidores gobernantes los que lo posibilitan, al desmovilizar y confundir a las masas y defender la casta de oficiales del ejército burgués.

La clave del frente popular

El factor objetivo que determina la aparición del frente popular es el elemento más subjetivo del movimiento obrero, el de su crisis de dirección revolucionaria.

El stalinismo, la socialdemocracia y las burocracias sindicales despliegan toda su dimensión e importancia objetivas cuando constituyen un gobierno de colaboración de clases, en una etapa revolucionaria o prerrevolucionaria. Se convierten entonces en protagonistas históricos de primera magnitud, salvando al sistema capitalista de ser barrido por el movimiento obrero.

Pero, contradictoriamente, la del frente popular es quizá la única etapa en que se dan todas las condiciones para superar la crisis de dirección revolucionaria, pues sólo en ella el rol de las direcciones traidoras se vuelve plenamente visible ante las masas.

La clase obrera se ve obligada a enfrentar a un gobierno burgués, formado por sus direcciones tradicionales. La lucha contra la burguesía tiene que chocar inevitablemente, en forma directa o indirecta, con ese gobierno. Y, tarde o temprano, los partidos tradicionales se desnudan como enemigos declarados de las masas explotadas.

Desde los años 20, Trotsky señaló las grandes oportunidades que otorga al partido revolucionario el surgimiento de estos gobiernos. *“La aparición de la clase obrera en el poder ubicará toda la responsabilidad por las acciones del gobierno en el Partido Laborista y dará lugar a una época de kerenskismo inglés en la era del parlamentarismo, brindando un medio favorable, nunca visto antes para el trabajo del Partido Comunista.”*⁹

Lo mismo apreció, para la época, en Francia: *“Si se materializara un Bloque de Izquierda, ya que el antiguo cascarón del Bloque Nacional está decrepito, el Partido Comunista aparecería como el único partido de oposición y, en consecuencia, ese cambio sería altamente ventajoso para nosotros.”*¹⁰

Nunca, como en la época del frente popular, el trotskismo y las corrientes centristas revolucionarias tienen, generadas por el ascenso obrero, una oportunidad mayor de superar la crisis de dirección y organizar un partido revolucionario, con influencia de masas. Para lograrlo, es condición indispensable la firme voluntad revolucionaria trotskista de mantenerse firmes, como oposición sistemática, irreconciliable, diaria del gobierno frentepopulista y sus partidos traidores, ante las masas.

⁹ Trotsky, *The first five years of the Communist International*, Monad Press, 1972, T. II, P. 211.

¹⁰ Idem, p. 212.

II. EL GOBIERNO MITTERRAND

El gobierno Mitterrand es, en última instancia, una consecuencia retardada, expresada en el terreno electoral, de la gran huelga general de 1968. Esta desató la crisis del régimen bonapartista de la Va. República, pero no pudo culminarla por la traición del stalinismo y la socialdemocracia.

Bien ha dicho la OCI (u): “*Lo que nos enseña la lenta agonía de la Va. República, cuya muerte comenzó pero aún no desapareció, desde el punto de vista de la clase obrera, reside en esto: la fuerza coercitiva de los aparatos, más particularmente del aparato stalinista, ha podido diferir durante trece años las consecuencias de la huelga general de mayo–junio 1968, desviando no menos sistemáticamente, mediante una táctica de división sabiamente orquestada, la lucha de la clase obrera del problema del poder.*”¹¹

El retardo de trece años y la mediación de los aparatos obreros contrarrevolucionarios provocan que la relación entre la huelga del 68 y la victoria electoral no sea inmediata.

El significado del triunfo

Por eso, no podemos decir del gobierno Mitterrand lo mismo que dijo Trotsky después de la subida de Blum y de las grandes huelgas de 1936: “*La revolución francesa ha comenzado*”. Hasta Raymond Aron comprende esto, cuando describe que “*las manifestaciones de alegría entre los vencedores*” (de 1981) “*no se asemejan en nada a la explosión social*” (de 1936). (Le Monde, 26/8/81).

Por el momento, sólo se trata de una victoria político–electoral, que tiene dos expresiones: una, la derrota de la burguesía y su candidato, Giscard d’Estaing. Y otra, casi tan importante como la anterior, la derrota de la política divisionista y progiscardiana del PC. (La cuarta parte de su electorado tradicional votó contra el PC, por el PS, provocando la mayor debacle electoral del stalinismo francés, en toda su historia).

Pero el ascenso de Mitterrand no es efecto ni causa de ningún triunfo revolucionario, aunque abre la posibilidad, más o menos inmediata, por la confianza y las aspiraciones que su triunfo político han estimulado en el proletariado de que estalle una crisis revolucionaria.

Prevenir la “primera oleada”

Sin embargo, muchos trotskistas están haciendo una analogía, peligrosamente equivocada, entre los gobiernos de Blum, del 36, y el de Mitterrand. Otros reconocen diferencias, pero las reducen a la variación del peso relativo de los partidos componentes del frente popular o las derivan de los distintos regímenes (república parlamentaria antes, bonapartismo con formas parlamentarias ahora). En todo caso, creen que estamos viviendo lo que Trotsky en 1936 definió como la preparación de la “*segunda oleada*”. No es así.

¹¹ Proyecto de Informe político preparatorio del XXVI Congreso de la OCI (u). Adoptado por el CC de agosto de 1981.

Trotsky analizó que con la gran huelga del 36 (y no con el gobierno Blum), culminó la “*primera oleada*” y comenzó la revolución francesa. Llamó a preparar cuidadosamente, evitando actitudes irreflexivas y apresuradas del movimiento de masas, la “*segunda oleada*”. Este debería llevar a la huelga general insurreccional y plantear abiertamente el problema del poder.

Hoy en Francia no estamos preparando la “*segunda oleada*” sino apenas la “*primera*”. Aquí no ha habido huelgas como en el 36 ó el 68. Vino el nuevo Blum, pero no la ocupación de las fábricas. Y Mitterrand subió precisamente para prevenir e impedir que las ocupaciones se produzcan.

La profunda diferencia que existe entre Blum y Mitterrand es clave para comprender el carácter específico del actual gobierno. Blum fue una consecuencia de la crisis revolucionaria del 36. Mitterrand viene preventivamente a impedir el estallido de una crisis revolucionaria o la repetición de un gran huelga como la del 68.

Si continuaba Giscard, el régimen corría el peligro cierto de que se llegara a una crisis revolucionaria. Mitterrand, su Partido Socialista, el Partido Comunista, su Confederación General del Trabajo (principal sindicato francés) y otros sindicatos, han subido al poder para prevenirla.

Salvar la Va. República

Directamente relacionado con el objetivo de prevenir la “*primera oleada*”, el frente popular se propone salvar a la Va. República.

Las consecuencias de la huelga de 1968, razón última de derrota de Giscard, cuestionan cada vez más las formas a través de las cuales la burguesía francesa ha ejercido su dominación, durante un cuarto de siglo. Por eso, la victoria política del 10 de mayo ha puesto a la orden del día la necesidad de la liquidación definitiva de las instituciones reaccionarias de la Va. República, por la acción extraparlamentaria del proletariado.

El gobierno frentepopulista es la respuesta contrarrevolucionaria a ese peligro. Y que la burguesía deba tolerar este “*ultimo recurso*”, es el fruto de la victoria política de las masas.

El contenido de colaboración de clases del gobierno Mitterrand se expresa, ante todo, en su voluntad de preservar lo esencial de sus instituciones, otorgando algunas concesiones formales, para desviar la lucha contra ellas.

No es extraño, entonces, que uno de los principales dirigentes burgueses e imperialistas, Chaban Delmas, “barón” gaullista y arquitecto de la Va. República, haya “*constatado con satisfacción que el presidente de la República mantiene las orientaciones fundamentales de la Va. República en el terreno de la diplomacia, la defensa y las instituciones.*” (Le Monde, 5/8/81).

Y que René Monory, ex-ministro de Finanzas de Giscard-Barre, asegure: “*Hasta ahora, en todos los terrenos, el gobierno ha respetado perfectamente la Constitución. Me parece esencial que la respete también sobre este punto (de las nacionalizaciones).*” (Le Fígaro, 9/8/81).

El mismo Mitterrand ha multiplicado las declaraciones insistiendo en que “*se acomoda*” sin dificultad a las instituciones y que las reformas que piensa introducir no son urgentes.

Una política conocida

Esta política del nuevo gobierno francés forma parte de un fenómeno general. En todas partes, la burguesía y la burocracia comprenden que debe otorgarse algunas concesiones democráticas formales al movimiento de masas, para salvar sus actuales regímenes. Esto se debe al gran ascenso revolucionario mundial en curso, que comenzó en 1968 y se aceleró extraordinariamente a partir de 1974–75, con la derrota del imperialismo yanqui en Vietnam.

Aplican la política que Lampedusa, en *El Gatopardo*, sintetizó con la frase: “*Cambiar algo para que todo siga igual*”. El zarismo, cuando otorgó la Duma y elecciones, recurrió a ella, con el mismo propósito.

Nosotros hemos denominado a esta política “*bismarkismo senil*”. *Bismarkismo*, porque ese fue el bonapartismo que, en Alemania, otorgó concesiones a la burguesía, para salvar al régimen feudal de los junkers. *Senil*, porque se trata de una maniobra de los regímenes burgueses bonapartistas, en la etapa de decadencia mortal del imperialismo y ascenso revolucionario de los trabajadores.

Distintos tipos de gobiernos burgueses coinciden en aplicar este “*bismarkismo senil*”, para salvar a los regímenes bonapartistas o semibonapartistas, con la técnica gatopardista.

El franquismo, a través de la monarquía de Juan Carlos, otorgó las Cortes, legalizó las organizaciones obreras y cedió el derecho al voto, para apoyarse en la traición del PCE y el PSOE y salvarse, de ese modo, del empuje revolucionario del proletariado y las nacionalidades oprimidas. Las dictaduras militares de Brasil, Ecuador y Perú han hecho o están haciendo maniobras parecidas.

En este sentido, siendo uno frentepopulista, y los otros directamente burgueses, se impone la comparación: Mitterrand es a la Va. República lo que Juan Carlos al franquismo o Figueiredo a la dictadura militar brasileña.

Si, como no es descartable, en unas próximas elecciones españolas triunfara el PSOE, podría surgir un frente popular de Felipe González y algunos sectores burgueses, apoyado desde fuera por Carrillo.

De ese gobierno frentepopulista diríamos que viene a salvar a la monarquía, heredera y continuadora del franquismo. La analogía se transformaría en identidad. Diríamos de Felipe González lo que hoy decimos de Mitterrand: que viene a salvar a la monarquía como éste al régimen gaullista.

Una dura política al servicio de la burguesía

Mitterrand accede al gobierno en medio de una seria crisis de la economía francesa y sin que haya habido una “*primera oleada*” de grandes huelgas que lo obligue a hacer concesiones.

Estos dos hechos empujarán a su gobierno a imponer los duros planes de hambre y desocupación de la burguesía, continuando la orientación de Giscard–Barre. Tratará de convencer a los trabajadores de que lo acepten y, si no lo logra, apelará a todos los medios.

Mauroy, primer ministro, hace saber que *“el gobierno es conciente de que el esfuerzo de solidaridad nacional (...) no debe ser realizado únicamente por las empresas”*. (Le Figaro, 7/9/81). A continuación, enuncia medidas destinadas a ayudar a los empresarios.

Para el movimiento obrero y los sectores populares la vida se hace más dura: tanto la inflación como la desocupación se han acelerado durante los cuatro meses de gobierno frentepopulista.

Según informa la CGT, los empleados públicos han perdido el 3. 5°/o del poder adquisitivo del salario. (Le Monde, 19/9/81).

En el mes de agosto, se computaban oficialmente 1.834.000 parados. Doscientos mil se habían producido en la industria, durante el último año.

Todos los comentarios coinciden en que: *“Esta situación no es nueva, pero parece que el movimiento se acelera peligrosamente, sobre todo en la industria.”* (Les Echos, 15/9/81).

Además: *“Dicho eso, a pesar de la creación de puestos de trabajo en las empresas públicas, la incidencia que tendrán el plan de ahorro de energía, los grandes talleres y la reactivación de la construcción de viviendas sobre el trabajo, no bastará para estabilizar al personal empleado en su nivel actual y evitar que siga agravándose el desempleo.”* (Les Echos, 25/9/81).

Un proyectado impuesto sobre las fortunas fue amortiguado de tal modo que la gran burguesía se sintió casi satisfecha:

“Estos correctivos distan de ser despreciables (...) Las enmiendas prometidas obedecen, por cierto, a buenas intenciones”. (Les Echos, 25/9/81).

Como contrapartida, el gobierno preparó impuestos al consumo popular. El diario del PC, *L’Humanite* (30/9/81), aplicando su política de apoyo crítico, señaló: *“lo que es francamente criticable en el proyecto de presupuesto —si es que los informes de la prensa corresponden a la realidad— es el recurso a ciertas medidas fiscales que atentarán a los ingresos más modestos: es el caso de los aumentos a los impuestos sobre la gasolina (20 céntimos por litro), sobre los automotores (+25%) y los automotores sobre los precios de tabacos y alcoholes.”*

Las nacionalizaciones han sido manejadas con el mismo criterio. Cuando el gobierno afirmó que las indemnizaciones serían justas, la Bolsa reaccionó con un importante alza en las acciones de las empresas nacionalizables. Ante nuevos reclamos empresariales, es probable que los 30. 000 millones de francos, inicialmente previstos para las indemnizaciones, se aumenten: *“La adopción de un sistema de ‘multicriterios’, tal como sugiere el Consejo de Estado, exigirá algunos miles de millones de francos más. Para el gobierno, el nuevo método aumenta en aproximadamente un 25% el valor de la indemnización”*. (Les Echos, 28. 9. 81).

Francois Ceyrac, presidente de la CNPF (Central Nacional de la Patronal Francesa), ha dicho acerca de la política monetaria: *“Las medidas tomadas, sin duda demasiado limitadas y a veces de difícil aplicación, han permitido evitar lo peor. Es indispensable continuarlas y simplificarlas.”* (Le Figaro, 3/9/81).

Y el juicio del mismo Ceyrac sobre la situación global es el siguiente:

“Opuestos como estamos a los principios defendidos por la actual mayoría antes de las elecciones, es nuestro deber como dirigentes no negarnos a hablar con el gobierno ni hacer la política de tierra arrasada. Debemos proporcionarle los informes que extraemos de nuestras experiencias para permitirle que aplique sus principios. Y puesto que para cada uno de esos principios existen diversas modalidades de aplicación, tenemos derecho a pensar que algunas son mejores que otras.” (Les Echos, 1/10/81).

Como vemos, lo opuesto a una guerra entre enemigos: Sí, en cambio, una actitud de presión política y económica para que el gobierno aplique el duro plan económico burgués.

Si se desarrolla la primera oleada de huelgas, el gobierno puede verse obligado a efectuar concesiones a los trabajadores, contradictorias con las necesidades de la acumulación capitalista. Esas concesiones y reformas, otorgadas para frenar las luchas, serían un subproducto de éstas.

Sólo si los mecanismos automáticos de la economía permitieran un reactivamiento importante, Mitterrand podría ampliar su margen de maniobras y encarar una política de concesiones.

Es la variante menos probable. Todo indica que el frente popular traerá rápidamente mayor miseria y desocupación para los trabajadores, si no estalla la “*primera oleada*” huelguística y revolucionaria que, por un tiempo, se lo impida.

Defender al imperialismo

El gobierno Mitterrand sostendrá las posiciones e intereses de su imperialismo. Esto implica que defenderá por todos los medios sus dominios coloniales y semicoloniales, estrechando cada vez más sus lazos con el imperialismo norteamericano.

En este último aspecto, es reveladora la actitud sostenida por Mitterrand en la cumbre de Ottawa, apoyando el plan armamentista y contrarrevolucionario de Reagan, así como el anuncio hecho por el gobierno francés de que se construirá un nuevo submarino atómico —el séptimo de su flota nuclear— y se avanzará el estudio de la bomba de neutrones.

Como comenta *Le Monde*: *“Es necesario remontarse bien atrás en la historia de las relaciones internacionales de posguerra, a los buenos tiempos del tripartismo franco-anglo-americano que se desvaneció a mediados de la década del 50, para encontrar tanta armonía entre París, Londres y Washington, al menos en lo que hace a las relaciones con Moscú.”* (Le Monde, 25/7/81).

Por otra parte, Francia es la segunda potencia colonialista del mundo. Probablemente lo es, también, después de los Estados Unidos, en cuanto a dominios semicoloniales. A través de los pactos de Evian y OCAM, controla férreamente las economías, los ejércitos e incluso los gobiernos de sus exposiciones de ultramar.

¿Qué dice el gobierno al respecto?

Charles Hernu, ministro de Defensa de Mitterrand, declaró: *“Tenemos en este momento acuerdos de ese tipo con los países africanos. Debemos respetarlos. Eso significa también que Francia debe poseer los medios para la intervención exterior y equiparse para ello. Debemos contar con*

fuerzas de intervención.“ (Le Monde, 11/7/81).

Por todos sus medios el frente popular confirma su descarado carácter burgués e imperialista. El propio Mitterrand declaró a la BBC de Londres que su país continuará fabricando y vendiendo material de guerra, necesario para la continua modernización de su ejército. (Le Monde, 28/9/81).

Esta actitud, típica de los frentes populares, es parte de su criminal política traidora de defensa incondicional de la casta de oficiales y de la estructura jerárquica de las fuerzas armadas, a las que hoy, quizá más que antes, rinde culto cotidiano la Francia oficial.

Los ministros comunistas

Un rasgo característico y novedoso del gobierno Mitterrand–Mauroy es la incorporación del PCF al gabinete, mediante cuatro carteras.

Desde la última posguerra este hecho tiene antecedentes bien precisos. Si descontamos ese fenómeno especial de los gobiernos stalinista–burgueses, que hemos definido para Angola y Mozambique, los casos destacados han sido: en Francia e Italia, al finalizar la segunda contienda; en Chile, durante Salvador Allende; en Portugal, al comienzo de la revolución, y en El Salvador, con la Junta que destituyó a Romero, hace dos años.

La primera diferencia profunda es que todos esos partidos comunistas estaban en su apogeo o mantenían gran parte de su fuerza, mientras que en la Francia actual el stalinismo está en su peor momento, a pesar de sus posiciones sindicales, después de la gravísima derrota político–electoral.

Por otra parte, dentro de su estrategia de excluir rápidamente al PC de los gobiernos burgueses y de recurrir a ellos solo in extremis, el imperialismo tuvo sus matices: se opuso tajantemente en Chile y Portugal, apoyo en El Salvador, combate, pero no a muerte, en Angola y Mozambique. En Francia, hoy, ha hecho saber su oposición, pero sin desatar, todavía, una campaña feroz

Lo cierto es que el ingreso del PCF da toda su plenitud al carácter frentepopulista del gobierno Mitterrand–Mauroy. Es indiscutible que demuestra la profundidad de la crisis en gestación los dos aparatos contrarrevolucionarios están obligados simultáneamente a colocarse en primera línea. Ambos deben tomar sus responsabilidades para detener a las masas.

Además, hay, en la inclusión del PC, un cálculo político de Mitterrand y su partido. A la socialdemocracia le sería peligroso dejar “suelto” al PC, como eventual oposición. Crítico del gobierno, el stalinismo podría recuperarse de su crisis actual y obligar al PS a devolverle, quizá con creces, ese 25% de su fuerza que le arrebató en las elecciones.

Mitterrand quiere evitar el riesgo, amarrando al stalinismo y conservando en beneficio propio y de la burguesía la debacle stalinista.

La derrota del PC es, de esta forma, un fenómeno contradictorio. Por un lado, le fue infligida por el proletariado, que le voto en contra a su política divisionista y pro Giscard. Pero, por el otro, beneficia al aparato contrarrevolucionario socialdemócrata y, a través suyo, al imperialismo, debido a la inexistencia de un partido trotskista con influencia de masas que la capitalice.

Pese a que la presencia stalinista contradice su estrategia e introduce un grave factor de crisis, los monopolios pueden llegar a considerar, o dejar correr un tiempo la maniobra del PS, aunque criticándola, pues favorece a su objetivo de avanzar en Francia hacia un sistema bipartidista, en el cual el PS hegemonice el polo de izquierda.¹²

En resumen la presencia comunista en el gobierno del frente popular se debe a dos tipos de motivaciones e intereses. Unos están impuestos por la gravedad de la crisis y son comunes al conjunto de los explotadores y de sus agentes, los aparatos obreros traidores.

Los otros son más específicos de la socialdemocracia. Esta quiere seguir usufructuando a la fracción de la clase obrera francesa que comprendió que, para echar a Giscard, era preciso hacer saltar el cerrojo de la política stalinista.

¿Es incompatible para la burguesía francesa un gobierno presidido por el PS?

Como mínimo, desde 1968 en adelante, la burguesía francesa se preparó para la eventualidad de perder las elecciones. La propia Constitución bonapartista, gaullista, de 1958, al estipular la existencia de formas parlamentarias coexistiendo con el poder presidencial, preveía la integración al régimen de una representación socialdemócrata

A partir de la crisis de 1968, la adaptación mutua entre los partidos burgueses y la socialdemocracia (y, a su manera el stalinismo), en la perspectiva de que el PS tuviera que hegemonizar, como ahora, un frente popular, se aceleró y no cesó un instante.

No solo “*la prensa, el ejercito y la policía*”, como pronosticó Trotsky, protegieron a la socialdemocracia, sino la banca y toda la burguesía, para preparar a un PS y a un candidato, Mitterrand, que, se sabía, en cualquier elección podía llegar al gobierno y dar origen a un bonapartismo frentepopulista.

Esa adaptación y preparación de la burguesía para el indeseado momento que debiera apelar al “*ultimo recurso*” Mitterrand, tiene su mejor ejemplo en el comportamiento electoral del frente gaullista encabezado por Chirac. Como se sabe, éste no se unió en la primera vuelta a Giscard y, en la segunda, no planteó como cuestión de vida o muerte cerrarle el paso a Mitterrand. Se convirtió así en uno de los factores electoralmente decisivos para la victoria del PS.

Ello demuestra la crisis política de la burguesía, pero también que había previsto la apelación al recurso de Mitterrand.

Por su parte, Mitterrand se adaptó durante décadas a la burguesía y al imperialismo francés. No es una sorpresa que ahora diga con toda naturalidad, que “*se acomoda*” a la Va. República.

A lo largo de los últimos años y hasta un tiempo antes de su triunfo electoral, la OCI utilizó en su análisis y denunció en su prensa la adaptación de Mitterrand, el PS y el frente popular a los intereses, las necesidades y las instituciones de la burguesía y la Va. República.

¹² Francia es prácticamente el único país imperialista donde los monopolios no habían alcanzado todavía a imponer un régimen bipartidista. El PS no sólo busca su propio beneficio cuando mantiene al PCF en el gabinete, sino que contribuye con eso a “bipartidizar” el régimen político francés

Denunciaba la OCI en 1971 “Mitterrand considera inútil remplazar la constitución bonapartista ‘Mas vale corregir’, es decir, tratar de montar un bonapartismo moderado y bien templado a nivel de grandes sectores de la burguesía francesa”.¹³

Y en 1973 “La solución constitucional propuesta por el Programa Común (del frente popular) respeta íntegramente la Constitución de 1958 tanto en la letra como el espíritu”.¹⁴

Y en febrero de 1978: “Mitterrand es un autentico partidario del ‘Programa común de gobierno’, de la defensa de la V.a República y sus instituciones, de la ‘austeridad’ y de todo lo que resulte necesario para la supervivencia de la sociedad burguesa y el estado burgués, inclusive, si fuera necesario, la represión contra las masas”.¹⁵

Y en diciembre del mismo año: “Esta (la corriente de Mitterrand) también es fuerte en función de los problemas que se le presentan a la burguesía: tratar desesperadamente de impedir el derrumbe del régimen y el estallido de una crisis revolucionaria es, por cierto, indispensable; pero no es menos indispensable estar en situación de responder a tal eventualidad, que en ultima instancia, como todos saben, se producirá inevitablemente”.¹⁶

Por esta vieja y mutua adaptación entre la burguesía y la socialdemocracia francesas, no creemos que haya incompatibilidad, en abstracto, entre ellas

Lo confirma la situación actual, a cuatro meses de la subida de Mitterrand. Los monopolios no han desatado ninguna campaña nacional e internacional preparando el derrocamiento del nuevo gobierno ni la adulada casta militar ha echado mano al cinto para desenfundar el arma de la restauración plena del bonapartismo o del golpe fascista.

Lejos de mantener una oposición violenta, frontal, la actitud burguesa es, por el momento, preocupada pero tolerante. Ejerce una fuerte crítica sobre el gobierno para arrancarle más ventajas —cosa que generalmente obtiene— y para comenzar a capitalizar su inevitable desprestigio.

Los líderes burgueses, dentro de su crisis política están haciendo sus planes no sobre la perspectiva de un derrocamiento violento de Mitterrand, sino de la reconquista del terreno perdido en un calendario electoral que comienza con las elecciones cantonales de 1982,¹⁷ y discuten sobre la crisis que se aproxima.

Les preocupa la presencia del PCF en el gabinete y, supremo temor, la futura conducta del movimiento obrero ¿Hasta cuando seguirá sin estallar?

Le Figaro, del 9 de setiembre, se preguntaba temeroso “¿Cuánto tiempo la base aceptará los

¹³ *La Verité*, No. 553, junio 1971, p. 198.

¹⁴ *Informations Ouvrieres*, No. 593, 17/1/73.

¹⁵ *Documents de l’OCI*, No. 6, S. Just, p 94, 12/2/78

¹⁶ *La Verité*, No 584, diciembre de 1978, S. Just, p. 13

¹⁷ Dice *Le Monde* del 29/9/81: “El recuerdo de la primavera de 1981, ¿inspirará en los partidarios de la ex-mayoría el deseo de preparar otras primaveras menos catastróficas para ellos? las cantonales, 1983, las municipales... ¿La oposición avanza por el camino de la cohesión? Quizá, pero al poder socialista aún le aguardan buenos tiempos.”

sacrificios que rechazaba en la época de Raymond Barre? ¿Cuánto tiempo va a colaborar el aparato del Partido Comunista con los socialistas?"

Y Les Echos (1/10/81) analizaba: "Si se trata a los socialistas con tino, ¿podrá esperarse que algún día alejen de sí a los comunistas para reemplazarlos con opciones más razonables? ¿O bien debemos pensar que, ante los trágicos acontecimientos que se producirán ineluctablemente, los franceses se alejarán de los socialistas tan violentamente como se volcaron hacia ellos, y que la sucesión recaerá solamente sobre aquellos que mantuvieron una oposición sin concesiones?"

Por ahora, mientras el movimiento obrero no salga a la arena masivamente, el más grave elemento de contradicción política que mantienen la burguesía y su Va. República con el gobierno de Mitterrand se produce por la participación del PC en el gabinete. Hay en esto una ambivalencia no resuelta: la presencia stalinista es rechazada por la burguesía francesa y por el imperialismo yanqui. Pero también es necesitada por ellos, para que el gobierno pueda cumplir su papel preventivo de la "primera oleada".

Esta contradicción es, en rigor insoluble. Por eso nos inclinamos a pronosticar un agravamiento de la crisis general, acelerándose las que viven la burguesía y el stalinismo y planteándose en forma abierta la del PS.

Tres variantes, "chilena", "rusa" e "inglesa"

Toda la situación evoluciona hacia una crisis crónica generalizada, que favorecerá el crecimiento y la irrupción de la lucha. En las condiciones nacionales e internacionales constituidas desde 1968, el mantenimiento del bonapartismo bastardo, en vías de descomposición, de la Va. República, la contradicción política aguda que provoca la presencia del PC en el gobierno, el rápido desprestigio de este —como consecuencia de la aplicación de su duro plan contrarrevolucionario—, la crisis económica y el ascenso del movimiento obrero —acelerado por el triunfo electoral—, pueden convertir, a corto plazo, la crisis crónica en crisis revolucionaria. El requisito es que el ascenso no se detenga.

Pero el curso inmediato de la lucha de clases no puede predeterminarse de una manera rígida, única. Depende de muchos factores. De modo que en el corto plazo de los próximos años no hay un pronóstico ni un desenlace seguro, sino, esquemáticamente, tres variantes posibles la "inglesa", la "chilena" y la "rusa".

¿Continuará la burguesía junto al frente popular, defendiendo la Va. República en crisis y aceptando sus reglas de juego, respetando la alternancia electoral, como en Inglaterra?

¿Optará, en cambio, por liquidar las formas semiparlamentarias de la Va. República, mediante un golpe bonapartista y fascista, como en Chile?

¿Alcanzará el partido revolucionario la suficiente influencia de masas, cabalgando en el ascenso, como para derrotar al fascismo y al frente popular, o al gobierno burgués establecido, cuando estalle la crisis revolucionaria?

La primera oleada es la clave

Estas preguntas solo se pueden responder cuando sepamos si a corto plazo se produce una “*primera oleada*”, igual o superior a la del 36 o el 68. Esta, y no otra, es la llave maestra de los próximos acontecimientos. Esta, y no otra, debe ser la preocupación de los revolucionarios: la preparación, organización e impulso de la “*primera oleada*”, a partir de las primeras luchas que han comenzado, como la de los ferroviarios (que ocuparon la Gare del Est), la de Renault (huelga en las plantas de Le Mans y Billancourt), sectores docentes, etc

En todo caso, lo importante no es discutir si la “*primera oleada*” esta por comenzar o ya lo hizo sino, reconociendo que todavía esta muy lejos de abril, mayo y junio del 36 o de mayo del 68, volcarse a impulsar con todo sus primeros síntomas o evidencias.

Si la “*primera oleada*” ocurre rápidamente y no se detiene ni desvía como las anteriores, nos internaremos en la ruta de las variantes “*chilena*” o “*rusa*”. No será un camino sin retorno: el capitalismo francés conservará muchos mecanismos de mediación y amortiguación. Ni aun en ese momento se podrá descartar, todavía, la variante “*inglesa*”. Pero, indiscutiblemente, una “*primera oleada*” fuerte y persistente nos pondrá a las puertas del fascismo o de la revolución.

En cambio es categórico que sin “*primera oleada*”, grande y duradera, que desate el inicio de la revolución francesa, entraremos de lleno en la variante “*inglesa*”. Sobrevivirá, entonces, la Va. República. Seguramente caerá el actual gobierno con participación stalinista y surgirán otras combinaciones frentepopulistas, presididas por Mitterrand. Y, el día de mañana, los comicios indicaran la evolución y si Mitterrand tiene que irse.

La desilusión de las masas puede hacer bajar los votos del PS y subir los del PC o los de los partidos burgueses. Lo inevitable será una crisis política que arrojará al PC del gobierno, pasando, posiblemente, a colaborar desde afuera con el gobierno burgués de turno.

Dentro de esta instalación crónica de la crisis, el movimiento obrero no será derrotado. No habrá alcanzado a provocar una situación revolucionaria, pero seguirá luchando contra los explotadores y los aparatos contrarrevolucionarios. Eso renovaría las condiciones para que el PS y sectores mas fuertes de la burguesía, seguramente sin el PC, realicen combinaciones de frente popular o, incluso, fórmulas de unidad nacional, con toda la burguesía, si la crisis se les vuelve mas peligrosa.

Lo característico de esta evolución “*inglesa*”, a nuestro juicio la menos probable de las tres que están planteadas, sería la prolongación de la Va. República, más o menos crítica, más o menos agónica. Su manto cobijaría a casi todo el espectro de la contrarrevolución francesa, dejando fuera al stalinista, que se tendría que conformar con apoyar, sin integrar, al gobierno burgués.

Es la hipótesis ideal que hoy baraja la burguesía. Se basa en la que para ella sería la mejor variante: poder prevenir o conjurar rápidamente la “*primera oleada*”.

Sólo así podría hacerse realidad el engendro de un gobierno, como el que un columnista de *Le Figaro*, del 8 de setiembre, consideró el desiderátum burgués: “*Cuatro ministros de Estado: Giscard, Chirac, (obligados así a terminar su querrela), Rocard, Jospin. En Finanzas, Raymond Barre. ¿Bajo qué primer ministro? ¿Quién tendría la autoridad necesaria para decir a estos*

hombres que se han enfrentado 'salvemos juntos a Francia'? El mismo Mitterrand."

La analogía más peligrosa

El conjunto de la situación francesa, en el marco internacional, nos hace presuponer que, dentro de las variables planteadas, cuenta con mayores posibilidades la de que estalle una crisis aguda, revolucionaria. Como hemos dicho, ello nos internaría en el camino de un Octubre soviético o su contrario un pinochetazo a la chilena.

Sin embargo, la analogía más peligrosa es la que se puede hacer entre la Francia de Mitterrand y el Chile de Salvador Allende, sin tomar en cuenta la lucha de clases.

No solo se comete así un error metodológico —disolver el presente en un futuro posible pero hipotético— sino un crimen político. Comparar al Mitterrand de sus primeros 120 días de gobierno con el Allende acorralado del final de su mandato, lo mismo que afirmar que estamos en el prólogo de la “segunda oleada” como en tiempo de Blum, conduce a embellecer, por la negativa, a Mitterrand, haciendo creer que goza del odio “fascista” de la burguesía francesa.

Se oculta así el plan contrarrevolucionario que ahora esta instrumentando el gobierno, con la tolerancia y la expectativa de la burguesía y las fuerzas armadas.

De esa forma, se desarma a las masas y al partido revolucionario, apartándolos de su tarea actual, no futura, de garantizar la preparación y el estallido de la “primera oleada”, así como su eficacia y contundencia.

Quienes sugieren que ahora debemos callar ante las masas el hecho de que Mitterrand encabeza un gobierno de burócratas canallas y traidores porque probablemente, mas adelante, debemos pelear, armas en la mano, junto a él contra los fascistas, se convierten en agentes del frente popular y su plan contrarrevolucionario y en liquidadores del partido revolucionario. Así no hacen mas que abrirle paso al propio fascismo.

El parecido de Mitterrand no es con el Allende jaqueado del final, si no con el que subió al gobierno.

El frente popular chileno también llevo al poder para desviar, mediante concesiones y confusiones, la amenaza inminente de un ascenso revolucionario. No lo consiguió.

Igual que Mitterrand, integró en su gabinete a un sector de la burguesía, (más tarde hizo lo mismo con varios generales). Pronto empezó la inestabilidad, porque la presencia de los comunistas en el gabinete, como se insinúa en el caso de Mitterrand, instaló de lleno una crisis crónica, combinándose con los demás elementos de la situación.

Aquí se interrumpen las semejanzas. La crisis de Allende se agravó rápidamente. El imperialismo dominante pasó al ataque frontal, no sólo por los ministros comunistas sino por las nacionalizaciones. Estas, si bien tímidas, fueron un golpe sin parangón en Francia, donde ni la burguesía monopolista ni el imperialismo francés, han sido agredidos.

Las medidas antiimperialistas de Chile produjeron una división de la burguesía nacional, ya que

un sector de ella, el del expresidente Frei, al comienzo, las apoyó. Los sectores más ligados al imperialismo y éste mismo, por supuesto pasaron al ataque.

Pero la diferencia más grande es entre los niveles de la lucha de clases. Desde el triunfo electoral de Allende, el grado de movilización de las masas chilenas fue muy superior al que se presenta en Francia. Por ejemplo, las manifestaciones de la victoria, en Santiago, por comparación, reducen a un festejo barrial los de la Bastilla, del 10 de mayo, en París.

Esa combatividad, en Chile, dio rápidamente un salto cualitativo y llegó a un extremo situado a años luz de distancia del que hoy vive la clase obrera francesa. Comenzó a desarrollarse la revolución socialista, hasta un grado insoportable para el régimen capitalista.

Dos ejemplos lo ilustran: aparecieron formas semisoviéticas o directamente soviéticas, los cordones industriales, que comenzaron a expropiar a la burguesía y a plantear el problema del poder. Además, se desarrolló un movimiento en la tropa y en la suboficialidad, principalmente de la Marina, contra la casta de oficiales, que amenazaba con extender los embriones del poder dual a las fuerzas armadas.

Ante esto, y ante el hecho de que había una crisis económica aguda, con un mil por ciento de inflación anual, la burguesía y la clase media se alinearon totalmente con el imperialismo, detrás de Pinochet. Los burgueses como Frei, que apoyaron inicialmente al gobierno, desde un año antes se pasaron al golpe.

No hay, como vemos, ninguna similitud entre la situación del gobierno Mitterrand y la fase final de Allende.

Es posible que en el futuro se aproximen, pero ello sólo podrá ocurrir cuando la lucha de clases en Francia pegue un salto tan colosal como el señalado en Chile.

Por eso es tan peligroso hacer una falsa analogía de las situaciones. En todo caso, el paralelo que es posible establecer sería el del oportunismo de las corrientes obreras de ambos países. El MIR y el PSR (sección del SU), siguiendo al stalinismo y a la socialdemocracia, se pasaron todo el tiempo y desde el principio alineados detrás de Allende, sin educar a las masas sobre su carácter contrarrevolucionario ni plantear una alternativa de poder.

Repitieron hasta el cansancio el argumento que hemos empezado a escuchar en Francia: que como hay peligro de golpe fascista no hay que atacar al gobierno.

Ese oportunismo condujo al grueso de las corrientes obreras, seguidistas del stalinismo y la socialdemocracia, a desperdiciar los años de heroica lucha del proletariado, sin construir el partido revolucionario, capaz de cerrarle el paso a Pinochet y de derribar a Allende, como los bolcheviques hicieron con Kornilov y Kerensky. Así facilitaron la tarea desmovilizadora y confusionista, al servicio de la contrarrevolución, del frente popular, que condujo al triunfo del golpe.

Preparar la demolición del régimen

En los próximos tres o cuatro años vemos improbable que el proletariado francés, o de cualquier

otro país desarrollado, sufra una derrota contrarrevolucionaria de tipo histórico, en cualquiera de sus variantes.

Por eso no hemos considerado, entre las distintas perspectivas abiertas en lo inmediato, la de que el gobierno bonapartista frentepopulista de Mitterrand cumpla el papel de Pinochet contra la revolución. Eso hicieron Negrín, asociado al Kremlin, en la revolución española, y la socialdemocracia, al comienzo de la revolución alemana. En esos casos hubo una contrarrevolución democrática frentepopulista, que condujo lentamente, en Alemania, al nazismo, y rápidamente, en España, al franquismo. No hay ninguna posibilidad inmediata que esto se repita en Francia, pero es bueno recordarlo para tener presente todo lo que son capaces de hacer gobiernos como el de Mitterrand, para salvar al capitalismo.

En lugar de estas hipótesis pesimistas, la situación francesa nos induce en sentido contrario: a prepararnos y actuar para hacer que se produzca la “*primera oleada*”, que ésta no se detenga y que la clase obrera pueda hacer saltar por los aires a la Va. República, con sus gobiernos derechistas y frentepopulistas, y al régimen imperialista que los sostiene.

III. SECTARISMO Y TROTSKISMO

Todo nuevo fenómeno origina en el movimiento marxista revolucionario la reaparición inevitable del sectarismo y el oportunismo. Entre otras razones, porque tanto los sectarios como los oportunistas están unidos por el mismo método, que Trotsky definió cuando dijo: “*El pensamiento oportunista, así como el sectario, tienen un rasgo en común: extraen de la complejidad de las circunstancias y de las fuerzas, uno o dos factores que les parecen los más importantes —y que, de hecho, a veces lo son—, los aíslan de la compleja realidad y les atribuyen una fuerza sin límite ni restricciones.*”¹⁸

El choque entre sectarismo y oportunismo surge, desde el punto de vista metodológico, de que el elemento abstraído por uno es opuesto al abstraído por el otro. Ninguno de los dos advierte que ambos elementos son parte de la realidad.

¿Cuál es el elemento que el sectario abstrae frente a un gobierno frentepopulista? Que es un gobierno burgués. Esa afirmación, elevada por encima del resto de la realidad, se transforma en que es igual a todos los demás gobiernos burgueses.

El sectario se niega a tomar en cuenta dos cuestiones fundamentales. La primera y decisiva es que los obreros lo consideran como su gobierno, debido a que allí están los partidos obreros. Es decir, consideran burgués al gobierno frentepopulista, y por lo tanto contrarrevolucionario, como si fuera su gobierno, como si fuera un gobierno revolucionario. Es imposible mayor confusión en la mentalidad de la clase obrera. La otra característica es que la burguesía no considera a éste su gobierno y, por lo tanto, lo enfrenta, lo combate, ya sea electoral, política o físicamente (por medio de un golpe). Un marxista no puede dejar de tomar en cuenta estos dos hechos.

Sin embargo, el sectario se niega a cambiar su lenguaje, su táctica, sus consignas anteriores. En épocas “*normales*”, cuando el gobierno burgués es odiado por el movimiento obrero organizado, es correcto levantar, como hizo la OCI francesa bajo Giscard, diferentes consignas cuyo eje es “*Fuera el gobierno burgués*”. En la Rusia zarista, la gran consigna era “*Abajo el gobierno zarista*”, junto con “*Constituyente*” y otra serie de consignas de gobierno, como el de “*Dictadura del proletariado*”, por parte de Trotsky, o “*Dictadura democrática revolucionaria obrera y campesina*”, de los bolcheviques.

Pero esta política y estas consignas tan diáfanos, esta táctica inequívoca de enfrentar y tratar de voltear al gobierno burgués, se complican cuando éste es frentepopulista u obrero-capitalista. En estos casos, no podemos decir, como antes, “*Fuera el gobierno*”, porque el gobierno burgués no es “*normal*”.

El sectario, con el argumento de que los dos son iguales, se niega a cambiar sus consignas y su lenguaje pisoteando así las ilusiones y las creencias de las masas. En última instancia, expresa un desprecio pequeñoburgués por las aspiraciones de los trabajadores.

¹⁸ Trotsky, *La revolución española*, Ed. Fontanella, 1977, T. II, p. 172. Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular.

Lenin y Trotsky eran tan respetuosos de la falsa conciencia, de las ideologías e ilusiones del movimiento obrero, que ambos levantaron consignas parecidas para relacionar a los revolucionarios con el movimiento obrero al comienzo de los gobiernos frentepopulistas. Mientras las masas creyeron en el gobierno provisional ruso, Lenin no planteó su caída. Lanzó la orientación de “*explicar pacientemente*” a las masas, todos los días, que era un gobierno contrarrevolucionario. La esencia de su paciente explicación cotidiana a las masas era:

“Si vosotros creéis que este es vuestro gobierno, no lucharemos por ahora para que caiga. Pero no lo es, es vuestro enemigo. Queréis paz y él prolongará la guerra, él tiene interés en la guerra. Este es un gobierno capitalista, imperialista. ¿Queréis pan y tierra? Nunca la tendréis de este gobierno porque éste es el gobierno de los dueños del pan y la tierra, de los capitalistas y los terratenientes. ¡Sólo un gobierno de los soviets, de los obreros y los campesinos pobres, os podrá dar paz, pan y tierra! Cuando os convenzáis de que este gobierno es vuestro enemigo, el enemigo de los obreros y los campesinos pobres, ¡nosotros lo voltearemos!”.

En Francia, a mediados del 36, Trotsky tenía la misma táctica que Lenin en el 17. Es decir, la de “*explicar pacientemente*”. Sostuvo la orientación de “*no excitar*” contra el gobierno Blum. Nuestra política de movilización debía ser oponernos a la burguesía que se oponía a Blum.

Es decir, consideraba que al comienzo del gobierno frentepopulista, el principal enemigo era la burguesía y no el gobierno, que tenía la confianza de los obreros y la oposición de los burgueses.

Por eso insistió en que se levantaran consignas de movilización contra la burguesía, retomando la vieja bandera bolchevique que, desde entonces, ha pasado a ser una posición “*clásica*” principista contra los frentes populares: “*Fuera los burgueses del frente popular*” (antes de que suban al gobierno) y “*Fuera los ministros burgueses*” (después que lo hacen).

La política sectaria lleva, en determinados momentos, directamente a la traición. Por ejemplo, cuando estalla una guerra civil o un golpe bonapartista contra un gobierno frentepopulista u obrero–capitalista. Los sectarios y ultraizquierdistas se niegan a combatir al lado del gobierno contra la reacción. Fundamentan esta política en el hecho cierto de que es una guerra entre dos gobiernos burgueses, pero eso los lleva al absurdo de no saber cuál es su trinchera, que debe ser del lado de la clase obrera, contra el golpe, hasta que hayamos convencido a los trabajadores de que el gobierno frentepopulista no es el suyo y hay que derrotarlo.

Lenin combatió al lado de Kerensky para evitar el triunfo de Kornilov. Trotsky, al lado de Largo Caballero y de Negrín contra el golpe fascista de Franco.

Estas enseñanzas de Lenin y Trotsky tienen una aplicación en la Francia de Mitterrand. Ellas nos exigen categóricamente cambiar la anterior consigna de “*Fuera el gobierno burgués de turno*” (que fue correcta con De Gaulle, Pompidou, Giscard) a través de una huelga general, por la de “*explicar pacientemente*”, de Lenin, y la de “*no excitar*”, de Trotsky. Sería criminal levantar la huelga general para derribar al gobierno, ahora que el movimiento obrero organizado francés y su vanguardia creen en él. La huelga general habrá que prepararla en este momento contra la resistencia de la burguesía y contra sus planes antiobreros y antipopulares.

IV. OPORTUNISMO Y TROTSKISMO

Pero el mayor peligro que acecha al movimiento revolucionario en la etapa del gobierno frentepopulista es el oportunismo. Lo sufrieron el Partido Bolchevique frente al gobierno provisional, antes de la llegada de Lenin, y el movimiento trotskista francés frente a Blum, y el español frente a Largo Caballero–Negrín.

Como el gobierno frentepopulista siempre es consecuencia de un triunfo del movimiento obrero, abre una etapa en que éste cree tener el gobierno de su lado y que se van a solucionar los problemas.

Se produce una borrachera generalizada, que, se filtra en las filas del movimiento revolucionario. Los dirigentes sufren una presión todavía mayor y suelen confundirse más que la base, pues se les agrega el trabajo de ablandamiento que les hacen los dirigentes burocráticos gobernantes.

Ya vimos que el oportunista, lo mismo que el sectario, se caracteriza por abstraer unos pocos elementos de la realidad, sobredimensionarlos y creer que son toda la realidad.

¿Qué elemento abstrae el oportunista? Las ilusiones o supuestas ilusiones de las masas.

La clase obrera siempre tiene una desgraciada ilusión en sus dirigentes burocráticos. Cuando estos suben al gobierno, inicialmente ésta se multiplica y se combina con otras dos, tan o más nefastas que la anterior: las masas creen que el gobierno es “*suyo*” y que dejó de ser su enemigo.

Las viejas y nuevas creencias se confirman cuando ven que la burguesía se opone, odia y enfrenta al gobierno. A las masas se les graba nítidamente la gran ilusión de que su único enemigo es la burguesía.

El oportunista abstrae esa falsa conciencia, generalmente exagerándola, y formula toda o casi toda su política, acomodándose a ella.

¿Es la burguesía el único enemigo?

De este modo, el oportunista pasa a combatir solamente a la burguesía, suspendiendo la denuncia de los partidos obreros contrarrevolucionarios y de su gobierno.

Este análisis y esta política son equivocados y peligrosos, porque la razón de ser del trotskismo es enfrentar siempre a dos enemigos mortales: a la burguesía, en el conjunto de la sociedad y con el método de clase contra clase, y a las burocracias sindicales, socialdemócratas y stalinistas, dentro de nuestra clase, donde ellas se incrustaron como casta parasitaria para servir a la burguesía.

Son dos luchas que, en realidad, son dos caras de una misma moneda, pues el movimiento obrero no podrá derrotar a la burguesía mientras no derrote al enemigo interior, pérfido y siniestro.

El sectario simplifica la cuestión creyendo que al subir la burocracia al gobierno pasa a convertirse en burguesía o a confundirse con ella. En vez de a dos enemigos denuncia también, a uno sólo, sin distinguir que, aunque estén cogobernando juntos, la burguesía y la burocracia

mantiene roces, se enfrentan y hasta pueden llegar a la guerra civil, manteniendo su identidad, una, como la clase social dominante, y la otra, como casta parasitaria del movimiento obrero.

Al oportunista, por su parte, también le queda un solo enemigo, la burguesía. Congela la lucha contra la burocracia sindical, stalinista y socialdemócrata, y pasa a considerarla como aliada, segura o inestable pero aliada, contra la burguesía. Su política refleja simétricamente la ilusión de las masas. Y lo peor es que lo hacen, precisamente en el momento en que los burócratas, el PS o el PC empiezan a gobernar y, por lo mismo, a desnudarse más que nunca como traidores al servicio del capital.

Así es como, para los oportunistas, la burocracia desaparece de la vida cotidiana, de su prensa y hasta de las perspectivas a largo plazo, convertida en una aliada o en un fantasma sin importancia, justamente cuando ella está desplegando todo el peso de su papel contrarrevolucionario.

Los oportunistas repiten, cuando gobierna el frente popular, el mismo error, sólo que mucho más grave, que suelen cometer cuando le formulan frente único a las organizaciones de la burocracia obrera y, en nombre de ese frente único, dejan de criticarla sistemáticamente.

Eso va contra el leninismo y el trotskismo, para los que siempre hay dos enemigos al mismo tiempo, aunque se los enfrente con tácticas distintas. Cuando circunstancialmente nos unimos con la burocracia contra la burguesía, aún entonces, no dejamos de denunciar sus capitulaciones.

La OCI (u) dio un buen ejemplo de esta política trotskista, antes del triunfo de Mitterrand: sin ningún sectarismo, le propuso al PC la unidad con el PS para derrotar a Giscard. Mientras lo hacía, denunció minuto a minuto sus traiciones nacionales e internacionales.

Esa es la doble lucha trotskista que debe mantenerse después que el PS y el PC suben al gobierno. Hay que seguir librando contra ambos una lucha implacable, como la que la OCI (u) hizo, antes de las elecciones, contra el PC.

¿Y el imperialismo? ¿Y las fuerzas armadas?

El oportunista evapora la lucha contra los aparatos burocráticos que están en el gobierno y se limita a una lucha económico-política (más económica que política) contra la burguesía.

Esa limitación conduce inevitablemente a otra: la burguesía se reduce a un concepto ideal y metafísico, sin tomársela como verdaderamente es: la dueña absoluta del centro del estado burgués, que son las fuerzas armadas, y la clase que efectúa, con ese ejército, la explotación no sólo del proletariado metropolitano sino de las colonias y semicolonias.

Es así que se habla mucho de la “burguesía” pero no se dice nada de que, en Ottawa, el gobierno se alineó con el plan contrarrevolucionario de Reagan, de que se mantiene el ejército colonial y semicolonial y la explotación de los pueblos de ultramar y de que la casta de oficiales del ejército burgués sigue intocada y rindiéndosele culto y pleitesía.

De todo esto, que es componente esencial de la burguesía francesa, el oportunista no dice ni una palabra. Es que, al capitularle a los aparatos burocráticos gobernantes, el oportunista le termina capitulando a su base social —la pequeñoburguesía y la aristocracia obrera— que reciben las

sobras de la explotación imperialista.

Siempre ha ocurrido lo mismo con todas las desviaciones oportunistas. Por eso hay un test infalible para comprobarla. Tomemos una corriente oportunista francesa, la más típica que dio el trotskismo, la de Pablo, y leamos su prensa: ¿Qué espacio dedica cotidianamente a denunciar al imperialismo francés y a sus fuerzas armadas?

El test es infalible. Pablo no lucha contra el imperialismo galo ni contra su ejército. Es un oportunista clásico. El mismo test puede ser aplicado a todas las corrientes que se reclaman de la clase obrera y determinar cuáles son las que se han embarcado en el más abyecto de los oportunismos, el del abandono de la lucha contra su imperialismo y su ejército burgués.

Un silencio cómplice...

Desde que subió Mitterrand, el oportunista nos propone que no choquemos con las ilusiones de las masas y que, para evitarlo, nos callemos la boca respecto al gobierno, al menos por ahora.

Ya se sabe que quien calla otorga. Esa posición se desliza en la práctica a librar de sus culpas al gobierno. Por ejemplo, Pablo se calla la boca o no hace campaña denunciando que fue Mitterrand en persona quien puso su firma, en la cumbre de Ottawa. Tampoco denuncia que es el gobierno quien realiza nuevas intervenciones imperialistas y defiende a capa y espada a las fuerzas armadas francesas.

Todos los oportunistas proceden de la misma manera, lo que los lleva a que cuando el gobierno aumenta la luz, el gas, la electricidad, el transporte, la gasolina y, en general, la carestía de vida y la desocupación, ellos le echan la culpa a la burguesía o a la herencia de Giscard. Del gobierno no hablan, o lo hacen elíptica y ocasionalmente.

¿Por qué hacen esto? Muy sencillo. Dicen (y esto es cierto) que las masas creen en el gobierno y no quieren enfrentarlo sino dialogar con él. Por lo tanto, el partido revolucionario tiene que ser el portavoz de ese diálogo para así acompañar la experiencia de las masas. Cuando ellas estén a un paso de descubrir que el gobierno es contrarrevolucionario (ya en los soviets y a las puertas de la revolución) recién entonces nosotros diremos nuestra caracterización del gobierno para que ellas terminen de sacar la conclusión. Es decir, “*tenemos que estar un paso, sólo un paso, delante de las masas*”.

Tan sencillo como equivocado. Confunden endiablidamente las cosas en las que tenemos la obligación de estar muy adelante de las masas —la denuncia, la educación, la propaganda—, con las que tenemos que estar pegadas a ellas: las propuestas para la acción.

El oportunista no hace ni una ni otra cosa, ni propaganda ni propuestas para la acción, y callándose la boca sobre el gobierno, renuncia a construir el partido.

El eje central de toda nuestra política en esta época de crisis mundial del imperialismo, tiene que ver con el gobierno, con el poder.

Cuando sube un frente popular, esa cuestión del poder tiende rápidamente a volverse *inmediata*, pues se entra a una etapa superior, en la que casi siempre la realidad objetiva plantea el “*todo o*

nada". No en vano definimos al frente popular como un "*último recurso*".

Cuando gobierna el frente popular, las posibilidades de triunfo tienden a estar más cerca que nunca, a veces al alcance de la mano. Es decir, se abre la perspectiva de que las masas, con el partido revolucionario al frente, derriben y remplacen al frente popular.

Por eso se hace imprescindible desenmascararlo a diario, preparando a los trabajadores en la perspectiva de la insurrección. Para que las masas, falsamente ilusionadas, puedan entender nuestro planteo, la política revolucionaria debe tener dos aspectos: la explicación, por la negativa, del carácter traidor y contrarrevolucionario del gobierno, que debe ser sistemática, aprovechando las múltiples oportunidades para ello, y el planteo, por la positiva, de que gobierno proponemos en su lugar, aunque al principio no digamos directamente "*abajo el gobierno actual*".

Tales han sido los rasgos de la política leninista trotskista respecto a los frentes populares, desde Kerensky —el primero conocido— en adelante.

Al principio, los bolcheviques no llamaron a derribar al gobierno provisional ruso de 1917. Pero desde el primer día, Lenin, con un pie en el tren blindado, proclamó "*ninguna confianza en Kerensky*" y pasó a desarrollar la campaña contra él, denunciando sin piedad cada una y todas sus medidas contrarrevolucionarias, a pesar que los bolcheviques eran una pequeña minoría y la confianza de las masas en el nuevo gobierno era abrumadora. En este aspecto, Lenin no se distanció uno sino mil pasos de las masas. Su único límite fue no llamar al derribamiento directo del gobierno mientras las masas no lo compartieran y acomodar cuidadosamente la alternativa de poder; —es decir: el planteo positivo de que gobierno queremos—, a las circunstancias cambiantes. En esto, sí que se mantuvo *pegado* a las masas. Pero la "*explicación paciente*" de que era un gobierno contrarrevolucionario —es decir, el planteo por la negativa—, Lenin lo inició el primer día y no lo abandonó hasta su caída. Para ello debió empezar por imponérselo a su propio partido, al cual amenazó con romper, si no abandonaba el curso oportunista que habían impuesto, entre otros, Stalin, callándose ante el gobierno y apoyando sus medidas positivas.

Trotsky, ante el gobierno Blum, procedió de modo parecido. El primer número de *La Lutte Ouvriere*, periódico de la sección francesa, fue clausurado por el frente popular. Su lectura, así como la de los ejemplares posteriores, muestra, principalmente a través de los artículos firmados por el mismo Trotsky, la campaña de denuncia del gobierno y el planteo alternativo de poder, aunque sin llamar a movilizarse contra él sino contra la burguesía y el imperialismo.

Por supuesto, el oportunista, por ejemplo, Pablo, puede mostrar que en tal página de tal número de su periódico dice estar "*por el gobierno obrero y campesino*" o "*por echar a los ministros burgueses*". Para Lenin y Trotsky no se trata de eso, sino de hacer campañas permanentes, de basar la política en la denuncia del gobierno frentepopulista y en el planteo positivo de un gobierno distinto.

Dice el refrán: "*dime con quién andas y te diré quién eres*". Podríamos parafrasearlo diciendo: "*dime qué dices todos los días del gobierno, dime qué otro gobierno propones, y te diré qué eres*".

El proverbio así modificado y aplicado a las tendencias obreras, incluso las de nuestro movimiento, es un segundo test para oportunistas, tan infalible como el primero.

Pero hay un tercero, igualmente eficaz. El de las luchas obreras, que ya han comenzado en pequeña escala. Bajo el frente popular, más que bajo un gobierno burgués “normal”, toda lucha implica —directa o indirectamente— desobedecer, contradecir y hasta enfrentar al gobierno en que participan los burócratas sindicales.

El oportunista se ve, entonces, en figurillas, porque él no quiere atacar al gobierno ni a los aparatos burocráticos. Entonces, tiene que optar: está con las huelgas o está con el gobierno.

Y ahí empiezan sus problemas. Comienza a sugerir, por ejemplo, que no se deben hacer huelgas sino petitorios. O que las huelgas están mal orientadas, porque “separan” a los obreros del gobierno.

Basta seguir la prensa obrera francesa para hacer la comprobación: quien no dedique el espacio principal al apoyo incondicional a las luchas que ya han comenzado, como parte del objetivo de preparar e impulsar la “*primera oleada*” y postularse como la nueva dirección revolucionaria de la misma, está haciendo pablismo, oportunismo consecuente.

La capitulación al gobierno frentepopulista se extiende, por su propia dialéctica, a todos los terrenos. De hecho, el oportunista deja de presentarse como una alternativa ante las masas: no tiene nada fundamentalmente distinto que proponer. Sin política precisa, con consignas erráticas, sin una propaganda por la negativa y por la positiva respecto a la cuestión del poder, sin la preocupación central de ponerse en la primera línea de las luchas anunciadoras de la “*primera oleada*”, el oportunista no sólo lleva a la desmoralización y confusión de los cuadros formados a lo largo de años, sino al abandono de la lucha positiva por la construcción del partido.

Y es una doble tragedia, porque nunca como en la etapa del frente popular es necesaria la urgente construcción del partido revolucionario con, influencia de masas, y porque nunca se presenta un terreno más favorable para lograrlo.

Hoy, en Francia, el PS ha amarrado al PC —inmerso en la crisis— en el gobierno. Fuera de éste, a la izquierda, está todo el terreno expedito para un gran partido. El trotskismo puede y debe ocuparlo rápidamente, con una política revolucionaria.

El oportunista tiende a destruir esa posibilidad.

Como de costumbre, el oportunista tiende a perder las más grandes oportunidades.

... y un apoyo vergonzante

Ya embarcado en su carrera, el oportunista cae fácilmente en el apoyo abierto o vergonzante al gobierno. Es un paso coherente dentro de su lógica.

Como él se guía por la ley absoluta de no chocar con las masas, mucho menos va a chocar cuando ellas festejan una medida que parece confirmar sus expectativas e ilusiones en el gobierno. Ese razonamiento lo hace caer en la famosa fórmula de Stalin de apoyo a las medidas progresivas y rechazo a las negativas. Lenin debió erradicar esa orientación que, de continuar, hubiera frustrado la revolución rusa.

Trotsky consideró a esa fórmula stalinista como el más ruin y nefasto de los oportunismos, pues todas las medidas del gobierno, aun las aparentemente “positivas”, están al servicio de su plan contrarrevolucionario. Precisamente, lo característico de este plan consiste en utilizar las concesiones —a veces toda una política de concesiones— para desmovilizar a las masas y desmontar la revolución.

¿Qué debemos hacer los revolucionarios frente a medidas “progresistas” adoptadas por un gobierno que los trabajadores consideran como “suyo”?

Un ejemplo para aclararlo

Resulta más fácil comprenderlo comparando el país con una fábrica. ¿Qué hacemos cuando en una empresa el gerente anuncia, por ejemplo, que ha resuelto instalar un comedor gratuito?

Es evidente que, con medidas de este tipo, la patronal pretende anticiparse y desviar posibles huelgas o movimientos.

A ningún revolucionario se le ocurriría salir a distribuir un volante dándole las gracias al odiado gerente y diciendo que es una medida “progresiva”.

Utilizaríamos el comedor pero “*pediríamos más*”, primero porque es insuficiente y segundo porque es una maniobra para que no luchemos. Explicaríamos esto a los obreros, alertando que la tramposa concesión de la patronal y su canallezco gerente significa que nos van a quitar con la otra mano, lo que nos dan con la izquierda. Por ejemplo, nos van a hacer quedar a trabajar más horas, fuera de horario.

Cuando se trata de un país, hacemos exactamente lo mismo. Frente a las enormes concesiones hechas en España por el rey Juan Carlos y el gobierno Suárez, dando el voto y legalizando a los sindicatos y partidos obreros, nosotros procedimos como en el ejemplo de la fábrica. No salimos con un volante a darle las gracias al Rey. Denunciamos a los traidores stalinistas y socialdemócratas, que sí lo hicieron. Utilizamos las concesiones, es decir, los sindicatos y la legalidad, para continuar la lucha, aunque eran una maniobra del franquismo y del Rey, para salvar su régimen.

Volviendo a la fábrica, puede ocurrir que la patronal, temerosa de perderlo todo, se decida a una maniobra mucho más arriesgada: a pactar con la dirección burocrática del sindicato que el próximo gerente sea elegido por los obreros, entre distintos candidatos de la patronal y uno designado por la misma burocracia. Se hace la elección y resulta designado el viejo burócrata sindical, que podría llamarse Marcel Mitterrand. Ni bien se instala, el burócrata–gerente ordena habilitar el comedor gratuito.

Ante este hecho novedoso, —que el comedor sea otorgado por el gerente que eligieron los obreros y no por el odiado, que estaba hasta ayer—, los oportunistas se pierden.

Sin embargo, la esencia de las relaciones sociales y de la maniobra patronal es exactamente la misma que en el caso anterior. La empresa capitalista es la misma, la explotación es igual o más dura que antes y el objetivo del comedor, idéntico: que dejemos de luchar. Incluso, detrás suyo, esconde el mismo objetivo tramposo que tenía el gerente anterior, de hacernos quedar a trabajar

más horas sin pagarlas.

De modo que los revolucionarios no tenemos ninguna razón para cambiar nuestra política anterior. Lo que haremos, obligatoriamente, es cambiar la forma en que seguiremos luchando contra la empresa, su gerente burocrático, y sus maniobras tramposas.

Por ejemplo, quizá no trataremos de canalla, aunque se lo merezca, al señor Mitterrand. Pero mantendremos nuestro plan de utilizar la concesión y exigir más, llamando a luchar por ello. Reclamaremos que nos dejen controlar los libros de contabilidad de la empresa burguesa, que el nuevo gerente defiende encarnizadamente; que el comedor sea controlado por los obreros y que nuestros familiares puedan comer gratuitamente. Que, además, se habilite una escuela para nuestros hijos, etc.

Si el señor Mitterrand contesta diciendo que la situación de la empresa no lo permite, más que nunca alertaremos que él está al servicio de ella y que se niega a mostrar los libros contables, lo que nos permitiría establecer la situación real y adoptar medidas en consecuencia.

Llegado el momento de la asamblea obrera nosotros estableceremos que: visto que no nos dejan traer nuestra familia, ni abren la escuela ni muestran los libros nosotros nos vemos obligados a no votar el comedor, porque es una pantalla del gerente, el señor Mitterrand, para cubrir a la patronal.

Aplicado a un país, los revolucionarios debemos hacer lo mismo. Si en vez de Juan Carlos–Suárez, hubieran sido Juan Carlos–Felipe González los salvadores del franquismo, mediante concesiones preventivas, lo esencial de nuestra política debería haberse mantenido. No nos deberíamos haber callado la boca frente a Felipe González ni considerado “progresivas” sus concesiones tramposas. Y si el secretario general de la socialdemócrata española hubiera firmado el Pacto de la Moncloa no como lo hizo —como jefe de partido— sino como primer ministro, nuestra denuncia debería haber sido tan o más dura de lo que fue.

Sin tratarlo, quizá, de traidor y canalla, deberíamos haberlo mostrado como uno de los dos más grandes contrarrevolucionarios obreros españoles actuales, agente de la monarquía y el franquismo. El peor en ese momento; como cabeza de gobierno. Es decir, deberíamos haber dicho lo mismo, aunque de otras maneras, pero más sistemáticamente, que dijimos de él y de Carrillo, del PSOE y el PCE, mientras no gobernaron.

Una política trotskista

Las medidas “progresivas” de un gobierno burgués, sea frentepopulista o no, nosotros las utilizamos; nunca las apoyamos. Y las defendemos cuando son atacadas.

Los oportunistas confunden utilización con apoyo. El leninismo y el trotskismo siempre han defendido a los obreros, a sus organizaciones y a sus conquistas —inclusive las indirectas, que aparecen como concesiones del gobierno pero también son producto de la lucha, actual o potencial—. Esa defensa es doblemente obligatoria, cuando el gobierno y la burguesía atacan esas conquistas o cuando la reacción pretende aplastarlas.

Esta conducta nada tiene que ver con el apoyo a las medidas “positivas” de un gobierno burgués

de cualquier tipo. Nosotros no apoyamos, no votamos, no agradecemos ni decimos que es un cambio social que el gerente Mitterrand conceda un comedor o el presidente Mitterrand resuelva las 39 horas semanales de trabajo. Nosotros utilizamos esas medidas. No vamos a trabajar 40 horas. Pero explicamos que las 39 son tramposas, que queremos las 35 y, especialmente, la escala móvil de horas de trabajo.

Si el día de mañana la burguesía, sus esquirols y sus partidos hacen una campaña en las fábricas para que volvamos a trabajar 40 horas nosotros defenderemos las 39. Incluso en ese momento podremos decir que “apoyamos” las 39, porque el apoyo tiene un significado distinto.

Es lo mismo que ocurre con el gobierno del frente popular en su totalidad. Si el día de mañana hay un golpe, peharemos al lado del gobierno, contra el golpe, por todo lo que significa en ese momento: las concesiones que nos dio, que arrancó el movimiento obrero, las organizaciones obreras que lo apoyan.

Contra el golpe nosotros defendemos lo que para los obreros significan Kerensky contra Kornilov o Allende contra Pinochet. Lo que defendemos es a la clase obrera y a sus posiciones conquistadas.

Pero ni aún en ese momento dejamos de denunciar su carácter contrarrevolucionario y su responsabilidad directa por el ataque de la reacción.

Por eso, siete días antes del golpe de Kornilov, cuando los rumores del mismo ya eran masivos, Lenin escribió: “... *Es difícil creer que pueda haber entre los bolcheviques, imbéciles o canallas tales que ahora estén dispuestos a entrar en un bloque con los defensistas (...) Existiendo la terminante resolución del Congreso, cualquier bolchevique que hubiera llegado a un acuerdo con los defensistas para “dar acceso” o para expresar en forma indirecta confianza en el gobierno provisional (al que se defiende, según se afirma, de los cosacos,), sería, por supuesto, inmediata y justicieramente expulsado del partido*”.¹⁹

Esa fue la política de Lenin, la III Internacional y Trotsky. Contra Kerensky, los gobiernos obrero–burgueses y los frentepopulistas, ellos los definieron públicamente como “una traición continua a los intereses obreros”. Llamaron a “demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas”, a “desenmascararlos” como un “gobierno de capitalistas” y “despiadadamente ante las masas”, a “no aflojar un ápice nuestra hostilidad” hacia ellos y a “condenar y denunciar implacablemente ante las masas a todos los dirigentes que forman parte del frente popular”, porque “se trata de dirigir con supremo coraje a las masas contra sus direcciones traidoras”, para destruir “su fe irracional” en esos gobiernos, para “sacar del engaño a las masas” y construir nuestro partido revolucionario y la IV Internacional.

¹⁹ V. I. Lenin. *Obras Completas*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1970. Tomo XXVI, p. 328.